

## Domingo XI Tiempo Ordinario (Ciclo C)

*Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor*

*En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume, y, colocándose detrás, junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado, se dijo:*

*— Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que le está tocando y lo que es: una pecadora.*

*Jesús tomó la palabra y le dijo:*

*— Simón, tengo algo que decirte.*

*Él respondió:*

*— Dímelo, maestro.*

*Jesús le dijo:*

*— Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?*

*Simón contestó:*

*— Supongo que aquél a quien le perdonó más.*

*Jesús le dijo:*

*— Has juzgado rectamente.*

*Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón:*

*— ¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella en cambio me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor: pero al que poco se le perdona poco ama.*

*Y a ella le dijo:*

*— Tus pecados están perdonados.*

*Los demás convidados empezaron a decir entre sí:*

*— ¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?*

*Pero Jesús dijo a la mujer:*

*— Tu fe te ha salvado, vete en paz.*

*[Más tarde iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo predicando la buena noticia del Reino de Dios; le acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con sus bienes.]*

**(Lc 7,36-8,3)**

Tras la invitación del Espíritu (Pentecostés) a vivir en comunión (Santísima Trinidad) en la entrega amorosa a los hermanos (Corpus Christi), retomamos el Tiempo Ordinario con este relato de la invitación de Simón el fariseo a Jesús a comer en su casa.

La escena habla por sí sola. Nos pone de manifiesto la íntima relación que hay entre el amor agradecido y el perdón que se hace presente en la actividad de Jesús: el texto nos muestra la respuesta de una mujer que se siente profundamente amada por sus muchos pecados perdonados. El amor de la mujer no es más que la respuesta a la misericordia de Dios, que parece no entender Simón, el fariseo.

En la actitud de Jesús nos encontramos con una acogida al agradecimiento que, por encima de todo gesto externo, nace de la belleza interior que toda persona puede descubrir. La presencia de esta mujer en medio del banquete sin ser invitada, el frasco de perfume que trae, su postura a los pies de Jesús, su llanto, su cabello, su escucha, todo nos expresa esa belleza que está dispuesta a abrirse paso entre crítica, rechazo, incomprensión, desprecio y condena. Sólo tiene sentido mostrar el amor y la gratitud a Jesús.

No es difícil adivinar de dónde nace tanto amor. La experiencia de la misericordia, que acoge la realidad de cualquier persona invitando a una vida nueva, sanando heridas y abriendo posibilidades al corregir lo que impide o frena mostrar lo que verdaderamente somos, es la fuente de todo amor. Se trata, pues, de una experiencia que nos reconcilia con nosotros mismos, que restablece nuestras relaciones con los otros, a pesar de lo que fuimos, y nos abre a la perspectiva del encuentro permanente con Dios sin pedir nada a cambio.

Es esta la grandeza de lo que Jesús nos ofrece y que en ocasiones no logramos comprender desde nuestras actitudes fariseas y nuestra concepción del pecado y la justicia. Tal vez esta incomprensión nazca en la necesidad que tenemos de reconocernos a nosotros mismos desde lo que somos, de reconocer nuestras debilidades y limitaciones al mismo tiempo que descubrimos nuestras potencialidades y nos comprometemos a proyectarlas hacia lo que estamos llamados a ser.

La gran belleza que hay en nuestro interior, ser imagen y semejanza de Aquél que nos creó, es el más hermoso don que hemos recibido, pero al mismo tiempo se convierte en la gran tarea de todo aquél que quiere descubrirse cada día más en el amor de Dios. Un Dios que nos invita a vivir revelando en nuestras actitudes, gestos y comportamientos la acogida de su presencia amorosa, la cual se abre paso, si es acogida, por encima de circunstancias y dificultades.

Aquellos que acompañan a Jesús mientras predica la buena noticia del Reino de Dios son testigos de todo ello. ¿Quieres tú acompañarle hoy en esa predicación? Si escuchas con atención tu corazón podrás reconocer esa predicación y la semilla del Reino que Aquél que te habita ha sembrado en tu interior. Sólo así serás testigo de la Belleza que Dios ha guardado en ti.